

EL REPORTERO Y EL ESCRIBIDOR

La ciudad

La primera vez que llegué a Lima lo hice de noche. Aterricé sugestivamente cerca del colegio Leoncio Prado y lo primero que vi al salir del aeropuerto fue una horda de perros callejeros. He vuelto varias veces y siempre veo lo mismo. O quizás eso es lo que deseo ver. En el trayecto hacia la ciudad, todos los letreros camineros me remitían necesariamente a Vargas Llosa. Ingresar a una ciudad que uno ya ha leído no es fácil. Se corren algunos riesgos: ¿y si todo es un invento? Pero Lima estaba cumpliendo más de la cuenta.

Toda la ciudad parecía estar tan volcada en torno a la obra de uno de sus hijos (adoptados) más ilustres. Los nombres de las calles eran los mismos de los apellidos de los personajes de sus novelas y cada letrero en la ruta indicaba el camino a un sitio, al menos para mí, mítico: Miraflores, las avenidas Tacna y Pardo, La Herradura, Magdalena del Mar, el parque Salazar, la Universidad de San Marcos, el malecón

EL CADETE VARGAS LLOSA

de Barranco, donde correr por su acantilado «es una buena manera de comenzar el día».

La avenida La Marina —camino obligatorio para ir y volver del aeropuerto— estaba enfundada en una niebla densa, como aquella que hace estragos en las películas de clase B, y sólo refulgían los brillos de sus luces de neón, que indican la irrupción de muchos casinos imitación Las Vegas. Es cierto que no me esperaba esta imagen, la de la Lima *Blade Runner*, pero nunca me sentí perdido porque de alguna manera, Lima ya era mi metrópolis, y yo poseía una suerte de mapa narrativo, ¿ficticio? Vargas Llosa no sólo me había abierto el apetito por la ciudad, sino que, de alguna manera, la fundó a nivel literario, la transformó en mito. Al llegar a mi hotel, en San Isidro, lo primero que me dijo el encargado de la editorial al bajar del automóvil fue: «Este es El Olivar, el que sale en *Los cuadernos de don Rigoberto*». Reconocí el oscuro parque con sus «retorcidos y canosos árboles». Pero eso no fue todo, antes de ingresar al hotel, me fijé en un viejo chalet. Era una librería llamada La Casa Verde, y su frontis estaba pintado de ese color. Estaba, sin duda alguna, en territorio vargasllosiano. Esa noche dormí como si estuviera en casa.

A la mañana siguiente tuve que otorgar varias entrevistas en el vacío bar del hotel; no quería que mi experiencia limeña se redujera a El Olivar. Por suerte llegó un equipo de televisión, que tenía en mente hacer una nota del

SERGIO VILELA GALVÁN

tipo «Un día con...» El sagaz reportero me preguntó si deseaba salir del hotel. Mis ojos se abrieron ante la posibilidad.

—¿Dónde deseas ir?

—Me gustaría que me lleven a un tour Vargas Llosa.

—¿Qué?

—Tengo ganas de ir a los sitios donde transcurren sus novelas. ¿Existe el Cream Rica? ¿El Club Terrazas? ¿El Jirón de la Unión donde estaba la radio Panamericana? ¿La Colmena? ¿Podemos almorzar en el bar La Catedral? Creo que está cerca de la perrera. ¿Se puede ingresar al colegio Leoncio Prado?

Rato después, la camioneta de prensa serpenteaba por las curvas de la Costa Verde. Luego enrumbamos hacia la plaza Bolívar.

* * *

¿Por qué quise hacer ese tour por los grandes éxitos de Vargas Llosa? Quizás por la misma razón que los turistas visitan la Torre Eiffel. Quería ser parte de un lugar histórico, de un sitio que ya pertenece a la memoria (a la colectiva y a la personal). Detenerme frente al colegio Champagnat, donde el joven Cuéllar se transformó para siempre en Pichula, era mi forma de volver a un sitio donde, a pesar de lo tremendo de los sucesos ahí acaecidos, yo había sido feliz. Porque eso es lo que sucede cuando nos sumergimos en la ficción: somos

EL CADETE VARGAS LLOSA

tremendamente felices. Visitar los sitios donde tus ficciones (tus canciones, tus películas, tus libros) fueron creadas, equivale a visitar los lugares santos para los que tienen la suerte de creer. Yo creo en las obras que me hicieron tener fe, que me hicieron creer que yo también podía, que no estaba solo, que alguien allá afuera se parecía a mí.

Una vez estuve en Israel, invitado por la Feria del Libro de Jerusalén, y, junto a los demás invitados, nos llevaron a visitar Belén. Mientras recorríamos la Natividad, recuerdo haber visto gente que salía con lágrimas en los ojos. A mí, la verdad, no me pasó nada y, por el contrario, estaba desesperado porque sentía mucha sed y no encontraba dónde comprar una gaseosa. Mi primera vez en Lima, en cambio, fue otra cosa. Caminar por la estrecha calle húmeda que separa el ruidoso Pacífico de los muros del Colegio Militar Leoncio Prado me dejó sin habla, e hizo que mis piernas comenzaran a temblar. Aquí había sucedido todo, aquí vivió el Poeta, el Esclavo, el Jaguar. Porque al final, de eso se trata, ése es el instinto básico que lleva a los amantes de la ficción, y de la historia, y a los creyentes, a peregrinar (porque ésa es la palabra exacta: *peregrinar*) a los lugares sagrados.

Los amantes de la historia la tienen más fácil: saben efectivamente que en tal o cual sitio sucedió tal evento. En Maipú se libró la batalla de Maipú y en Chorrillos, la de Chorrillos.

SERGIO VILELA GALVÁN

Los creyentes simplemente creen. No dudan de lo que ocurrió en La Meca o en La Vía Dolorosa. El enfrentarse a esos sitios sólo confirma la fe y, a veces, incluso la expande. En cambio, ver con tus propios ojos el sitio donde se desarrolló un episodio de ficción, distorsiona las cosas. Por un lado, te regocija y te llena de adrenalina: «Así es que aquí fue». Pero, en forma paralela, te embarga la duda: «Habría sido verdad». ¿Existió realmente el Jaguar? ¿De verdad pasó lo que pasó?

No hay pregunta más básica, más atávica, que ésta. Si no surgiera esa pregunta, la ficción sería inútil. Es, también, la llamada prueba de la blancura. Si el lector se hace preguntas o, en casos extremos, siente la necesidad de ir a inspeccionar el llamado sitio del suceso, entonces el autor podrá descansar tranquilo: hizo bien su trabajo. Transformó todas esas mentiras (y toda esa verdad) en verdad.

Los perros

Al joven escritor limeño Sergio Vilela Galván le sucedió algo así con *La ciudad y los perros*. No pudo resistir la curiosidad, no se conformó con lo que estaba dentro de la novela. «Desde las primeras páginas tuve la necesidad de ir pronto a visitar el Colegio Militar y de conocer a los cadetes que habían convivido con el escritor», confiesa en éste, su curioso, cautivador y entrañablemente personalísimo

EL CADETE VARGAS LLOSA

primer libro de no ficción que parece una ficción sobre un libro de ficción que se hizo a partir de una experiencia de no ficción. «Desde las primeras páginas tuve la necesidad de ir pronto a visitar el Colegio Militar y de conocer a los cadetes que habían convivido con el escritor», sostiene sin culpa, con una voz que tiene algo de la inocente curiosidad del Varguitas de *La tía Julia y el escribidor*.

Vilela hizo lo que todo escritor latinoamericano bien nacido quiso hacer después de cerrar *La ciudad y los perros*: partió al Callao a investigar. Vilela, por lo tanto, hace lo que todos quisimos pero no pudimos o no nos atrevimos. Es bien conocido que «toda investigación concluye necesariamente en uno», y *El cadete Vargas Llosa* no es la excepción. Vilela devela no sólo al cadete Vargas Llosa, sino también al Colegio Militar Leoncio Prado y, para su sorpresa, termina desnudándose a sí mismo, *calateándose* como dirían en Lima. Lo curioso es que, en ese proceso, el autor no sólo termina creando (o iluminando) oscuros personajes secundarios, sino, y tal como ocurre con la gran ficción, nos recuerda aquello que teníamos olvidado.

«Mi primera sensación fue que entraba a la enorme locación donde se había rodado la novela. Recuerdo que lo primero que hice fue empezar a buscar cada uno de los lugares que Vargas Llosa había descrito en su historia, como si tuvieran que existir en serio. Entonces,

SERGIO VILELA GALVÁN

los parecidos alimentaron mi curiosidad por descubrir qué era realidad y qué era ficción», confiesa Sergio Vilela en lo que se podría denominar el *making of* del *making of* de *La ciudad y los perros*. Porque, ahora que lo pienso, eso es exactamente este libro: es un gran *making of* literario. Vilela toma una novela fundacional y la reconstruye, pero no con los fríos y gastados instrumentos quirúrgicos de la Academia, sino con la pasión de un fanático y desde el vasto territorio de la República del cariño. *El cadete Vargas Llosa* nos sumerge en la era del *behind the scenes*, en los interiores, en las locaciones, y más aún, en los seres de carne y hueso que alimentaron la mente de aquel joven Mario Vargas Llosa.

A veces importa más lo que está escondido que lo que se muestra. Los estudios de cine hacen lo imposible por mostrar cuánto gastaron para realizar tal o cual efecto especial, cómo bromea el director con el actor en medio de una escena trascendental, cómo se construyó una locación que ahora forma parte de nuestra memoria cinematográfica. Algunos dirán que estamos en el reino de la curiosidad por lo que no se ve, por lo que se mantiene oculto, y quizás estén en lo cierto. Pero *El cadete Vargas Llosa* es mucho más que un *making of* o un EPK (Electronic Press Kit), es una obra que está más emparentada con los comentarios del director que traen los mejores DVD. La diferencia —y he ahí el encanto y la novedad— es

EL CADETE VARGAS LLOSA

que no es el autor de la novela el que nos cuenta cómo lo hizo (tipo *director's commentary*), sino más bien es una generación completa de cadetes la que reconstruye el que quizás fue su momento de mayor gloria. A través de ese relato colectivo —donde Vargas Llosa es un cadete más— encontramos la historia paralela, la que se perdió, la que no alcanzó a estar en la novela (*deleted scenes, bonus tracks*).

El libro de Vilela acompaña, por cierto, a *La ciudad y los perros*. Actualiza y acerca la novela a un público nuevo y, en esta era en que todo —incluso lo falso— está basado en un hecho real, intenta en forma casi desesperada legitimar ante el público que rechaza las ficciones por ser falsas, que la historia del Leoncio Prado vale la pena porque, entre otras cosas, tiene mucho de verdad (como sucede con la inolvidable escena en la que el impetuoso Vilela se contacta con un ya envejecido Esclavo, ahora refugiado en Texas, lejos, aunque no lo suficiente, del colegio que lo humilló sin tregua).

Después de leer este libro, aquéllos que no han leído *La ciudad y los perros* sentirán ganas de releerla cuanto antes; y los que ya la han leído, no podrán contener la compulsión de leerla nuevamente. Pero eso no es todo, porque quizás lo que más me atrae del libro de Vilela, es que a través de él, los escritores sentiremos el deseo de volver a escribir una novela, y los cronistas reafirmarán la idea de

SERGIO VILELA GALVÁN

que todo, a la larga, puede ser narrable, de que la historia oculta de una novela es, de alguna manera, una novela en sí misma, y la prueba la tenemos en las manos, pues *El cadete Vargas Llosa*, sin duda, lo es.

ALBERTO FUGUET
Santiago de Chile, mayo de 2003

